

NEW LEFT REVIEW 103

SEGUNDA ÉPOCA

MARZO - ABRIL 2017

TRANSICIÓN EN ESTADOS UNIDOS		
MIKE DAVIS	Las elecciones de 2016	7
JOANN WYPIJEWSKI	La política de la inseguridad	11
DYLAN RILEY	El Brumario estadounidense	23
ALEXANDER ZEVIN	Imperio y aranceles	37
PERRY ANDERSON	Pasando el bastón de mando	43
ARTÍCULOS		
GÖRAN THERBORN	La dinámica de la desigualdad	69
CARLOS SPOERHASE	Más allá del libro	91
HITO STEYERL	Sobre los juegos	105
CINZIA ARRUZZA	El rechazo de Italia	122
CRÍTICA		
MARCO D'ERAMO	Ellos, el pueblo	134
PETER ROSE	¿Secretos de los antiguos?	145
JEFFERY WEBBER	Pensamiento social latinoamericano	157

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO
25M
DEMOCRACIA

ts
d traficantes de sueños

[SUSCRÍBETE](#)

MIKE DAVIS

LAS ELECCIONES DE 2016

DEBERÍAMOS RESISTIR LA tentación de sobreinterpretar la victoria electoral de Trump. Los progresistas que creen haber despertado en otro país deberían calmarse, aguantar el mal trago y reflexionar sobre los resultados reales de los estados oscilantes. En primer lugar, con la excepción de Iowa y Ohio, Trump no arrasó en los estados clave. Simplemente obtuvo resultados similares a los de Mitt Romney en 2012, compensando la inferioridad de votos en las zonas residenciales periféricas con un número mayor de votos en las áreas rurales para alcanzar el mismo resultado general. El margen total que le dio la victoria en Wisconsin, Michigan y Pensilvania fue mínimo, menos de 78.000 votos. La sorpresa de las elecciones no fue el enorme giro de obreros blancos hacia Trump, sino por el contrario la capacidad de Trump para conservar la lealtad de los votantes de Romney y, de hecho, de mejorar ligeramente los resultados de este entre los evangélicos. En consecuencia, el populismo económico y el nativismo se combinaron de forma potente con el tradicional programa social conservador, pero no lo desplazaron.

Un factor clave fue el cínico pacto de Trump con los conservadores religiosos después de que el propio candidato de estos en las primarias, Ted Cruz, abandonara en mayo. Trump les dio libertad para redactar el programa del partido en la Convención y después se casó con uno de sus héroes populares, Mike Pence, representante por Indiana, un católico nominal que asiste a una megaiglesia evangélica. En juego estaba, sin duda, el control del Tribunal Supremo y la última oportunidad para abolir la sentencia de *Roe vs Wade*. Tal vez esto explique por qué Clinton, que a diferencia de Obama ha permitido que se la identifique con los

abortos de embarazos más avanzados, perdió por un margen de ocho puntos o más entre los católicos latinos (tanto hombres como mujeres).

La deserción hacia Trump de los trabajadores blancos que habían votado a Obama fue un factor decisivo principalmente en los condados industriales de Ohio situados en torno al lago Erie –Ashtabula, Lorain, Erie, etcétera– y de Pensilvania, que están experimentando una nueva oleada de huida de puestos de trabajo a México y a los estados sureños. Esta región es el epicentro de la revuelta contra la globalización. En otras áreas deprimidas –los condados del carbón en el sureste de Ohio, el antiguo cinturón de la antracita en el este de Pensilvania, el valle de Kanawha en Virginia Occidental, las poblaciones de la producción textil y de muebles en el piedemonte de las Carolinas, los Apalaches en general– el realineamiento prorrepblicano de los trabajadores manuales en la política presidencial (aunque no necesariamente en la local o en la de los estados) era ya algo común.

Los medios de comunicación de masas han tendido a refundir estos estratos viejos y nuevos de «demócratas perdidos», magnificando así el logro de Trump. La quinta parte de quienes le votaron –es decir, aproximadamente doce millones de estadounidenses– manifestó una actitud desfavorable hacia él. No es de extrañar que las encuestas se equivocasen tanto. «Es insólito –escribía *The Washington Post*– que un candidato obtenga la presidencia con menos votantes que lo perciban favorablemente, o que deseen su gobierno, que el perdedor». Será interesante ver si es posible desagregar este segmento de los votos obtenidos por Trump.

La derrota en el Medio Oeste

Hasta el Cato Institute parece creer que las elecciones deben interpretarse como una derrota de Clinton y no como una victoria de Trump. La primera no consiguió acercarse a los resultados obtenidos por Obama en 2012 en condados clave del Medio Oeste y de Florida. A pesar de sus arduos esfuerzos de última hora, Obama no logró transferir su popularidad (más elevada en 2016 que la de Reagan en 1988) a su antigua rival. Lo mismo puede decirse de Sanders. Una cohorte crucial de republicanas blancas con formación universitaria parece haberse aliado en torno a Trump la última semana de la campaña. Varios comentaristas, incluida la propia Clinton, lo han atribuido a la intervención por sorpresa del FBI y al renovado escepticismo acerca de la honradez de la candidata. La aversión hacia Trump, además, estaba contrapesada por la aversión a

Bill Clinton y a Anthony Weiner. Como resultado, Clinton solo obtuvo leves mejoras, en ocasiones ninguna, en las cruciales áreas residenciales republicanas de Milwaukee, Filadelfia, etcétera. Inundada de fondos, su campaña elaboró una desastrosa estrategia. Clinton no visitó Wisconsin después de la Convención, a pesar de las advertencias de que los enardecidos seguidores de Scott Walker respaldaban plenamente a Trump. De igual modo, desdeñó el consejo del secretario de Agricultura, Tom Vilsack, de crear un «consejo rural» como el que tan útil le había sido a Obama en el Medio Oeste durante las primarias y la campaña presidencial. En 2012, el antiguo presidente consiguió sumar a su mayoría urbana el 46 por 100 de los votos de poblaciones pequeñas en Michigan y el 41 por 100 en Wisconsin. Los decepcionantes resultados de Clinton fueron del 38 y el 34 por 100, respectivamente.

Aunque las conclusiones son controvertidas, las encuestas efectuadas por Edison/*The New York Times* a pie de urna indicaban que, en relación con Romney en 2012, Trump solo había logrado un mínimo aumento entre los blancos, quizá del 1 por 100, pero «lo había superado por siete puntos entre los negros, ocho puntos entre los latinos y once entre los estadounidenses de origen asiático». Fuese o no ese el caso, la caída de la participación entre los negros de Milwaukee, Detroit y Filadelfia explicaría por sí sola la mayor parte de la derrota de Clinton en el Medio Oeste, al igual que la falta de entusiasmo entre los *millennials* de Wisconsin, donde el voto a Jill Stein fue superior al margen de victoria de Trump. En el sur de Florida, un esfuerzo masivo mejoró el voto demócrata, pero fue compensado por la baja participación (en gran medida de votantes negros) en las áreas de Tallahassee, Gainesville y Tampa. Sin duda la supresión de votantes influyó: Louisiana, Alabama, Texas y Arizona redujeron el número de colegios electorales. Hay también pruebas de que las discriminatorias exigencias de identificación a los votantes –la joya de la corona en la contrarrevolución de Scott Walker– deprimió significativamente el voto en circunscripciones de Milwaukee con rentas bajas.

David Axelrod afirmó que los republicanos solo necesitaron una semana para «captar» por completo a Trump después del 8 de noviembre. Quizá. Ciertamente, Trump intentará cumplir su compromiso con los evangélicos y darles el Tribunal Supremo. De igual modo, Peabody, Arch y las demás empresas del carbón obtendrán nuevas licencias para destruir la Tierra, los inmigrantes serán sacrificados a los leones, y Pensilvania será bendecida con una ley para debilitar a los sindicatos. Y, por supuesto,

los recortes de impuestos. Pero en seguridad social, atención médica a mayores, gasto deficitario en infraestructuras, aranceles, tecnología y demás, es casi imposible imaginar un matrimonio perfecto entre Trump y los republicanos institucionales, que no deje huérfanos a sus votantes de clase trabajadora. Esto apunta al verdadero giro en la política estadounidense: la campaña de Sanders. La movilidad económica descendente de los universitarios, en especial los procedentes de entornos trabajadores e inmigrantes, es la principal realidad social emergente, no el problema del *rustbelt* (el antiguo cinturón industrial ahora desindustrializado del noreste del país), incluso reconociendo el impulso dado al nacionalismo económico por la pérdida de cinco millones de empleos industriales en la pasada década, más de la mitad de ellos en el sur del país. Pero el trumpismo, no importa cómo evolucione, no puede unificar los problemas económicos de la generación del milenio con los de los trabajadores blancos de más edad, mientras que Sanders demostró que el descontento del interior puede situarse bajo el paraguas de un «socialismo democrático», que vuelva a despertar las esperanzas de derechos económicos fundamentales fomentadas por el *New Deal*. Ahora que el *establishment* demócrata se encuentra temporalmente confundido, la verdadera oportunidad de cambio político transformador («realineamiento crítico», por usar un vocabulario arcaico) pertenece a Sanders y Warren.